

vandálica e intelectual de un progre despistado que debió confundirle con el del fundador de las JONS, Ramiro Ledesma Ramos.

Por iniciativa del Ateneo Científico y Literario de Madrid, también en 1906 se le dedicó una placa el capital de España, con la asistencia del Ministro de Instrucción Pública, el alcalde de Madrid, entonces Alberto Aguilera, los directores de «El Liberal» y «El Heraldo de Madrid», además de escritores como Vicente Blasco Ibáñez y José Ortega y Gasset. Don Torcuato Luca de Tena, entonces director del diario ABC, envió al acto una gran corona de flores que fue colocada sobre la lápida, una vez descubierta ésta por el ministro.

El libro de Francisco Navarro se divide en un tipología de cuentos (ficciones) que van desde los cuentos quijotescos de un Sancho que se hace con las armas de su finado señor y de una Marcela en la que pugnan razón y amor más allá de la muerte de Crisóstomo; hasta diálogos de ultratumba entre Dante, Virgilio o el propio Hegel con su lapidaria frase: « La muerte es el último resorte de la vida» y su magistral cuento la *Ciudad Eterna* en la que recrea la ciudad de Azanatopolis, la ciudad donde no se muere...; pasando por alegorías animales con pueblos adoradores loros disecados; parábolas históricas sobre el primer amor humano de la Historia o sobre el juez implacable de los apologetas; recreaciones del pasado, entre ellas del Toledo del siglo XVI y de sus pícaros que se alimentan por y de la gracia de Dios; relatos costumbristas y de guiño regeneracionista y hasta cuentos futuristas.

Una escritura con ecos de Lope, de Cervantes, anticipaciones a Borges, patinas simbolistas a lo Schwob... erudición, sorpresas, cultismos, adjetivos acerados, sentencias ampulosas y amplificadas... pero sobre todo disfrute por una literatura en la que cada palabra importa, en la que se afila la forma sin renunciar al fondo; del placer de contar, con estilo y con ironía.

Una literatura que ya apenas se estila y a la que es conveniente retornar de vez en cuando para saber de dónde venimos, para saber adónde no vamos.

Dos días antes de producirse la muerte de Ganivet, este entregó un escrito suyo a una persona de su confianza para que esta lo hiciese llegar a Francisco Navarro Ledesma. El escrito comienza así: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes». Cuando en el mes de noviembre de 1903 se celebra en el Ateneo de Madrid un acto de recuerdo y homenaje a Ganivet, intervienen en él Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, José Martínez Ruiz (no firma todavía Azorín) y Francisco Navarro Ledesma. Navarro Ledesma: un talento malogrado.

Azorín fue el periodista que el 1 de junio de 1905, en el primer número del ABC diario, informaba del atentado sufrido por Alfonso XIII en París, y lo hacía mediante una crónica telefónica, la primera en la historia del periodismo español. Desde la primera redacción de ABC diario compuesta por 18 periodistas, entre los que destacaban: Luís Gabaldón, «Floridor» (crítica teatral); Manuel Troyano (cronista político); José